

# ciencia social



INSTITUTO CENTRAL DE SOCIOLOGIA  
CONSEJO DE DIFUSION UNIVERSITARIA  
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION  
CONCEPCION (CHILE) — 1970

## LOS MOVIMIENTOS ESTUDIANTILES EN AMERICA LATINA UN MARCO DE REFERENCIAS

RUY MAURO MARINI

La participación de los estudiantes en la política no constituye un fenómeno nuevo en América Latina. Hace una década, esa participación representaba, inclusive, un elemento distintivo de los movimientos estudiantiles latinoamericanos, cuando confrontados a sus congéneres de Europa y Estados Unidos, de carácter eminentemente sindicalista, no faltando quien viera en ella una característica inmanente al subdesarrollo que pesa sobre la región. La politización creciente del movimiento estudiantil francés, en el curso de la guerra de Argelia, empezó a cambiar esa situación, al propio tiempo que hacía su aparición una tendencia similar en Italia, Alemania, Estados Unidos. La Revolución de Mayo acarreó la aceptación definitiva de la militancia política como una de las características más notables de los modernos movimientos estudiantiles.

Sin embargo, el hecho de que ello se verificase en América Latina desde el siglo pasado, no quiere decir que también aquí los movimientos estudiantiles no presenten características nuevas, que los acercan, desde muchos puntos de vista, a lo que se está dando en los países capitalistas más avanzados. Entre esas características, habría que resaltar por lo menos dos: *la movilización cada vez más amplia de las masas estudiantiles*, en contraposición a la actuación de vanguardias que constituía la nota dominante en la actuación estudiantil del pasado y su *mayor definición ideológica*, que conduce a sustituir la acción en función de problemas sociales generales, traducidos en consignas abstractas y extrañas a la conciencia estudiantil, por la militancia basada en una concepción revolucionaria del papel del estudiantado en las luchas de clase.

La forma que asume la cristalización de esas tendencias en los diferentes países latinoamericanos varía considerablemente. Si tomamos, sin embargo, las manifestaciones estudiantiles más notables de los últimos años, verificaremos que, más allá de su singularidad, en

términos de esquemas de organización, de modos de actuación y de planteamientos programáticos, ellas se identificaron precisamente por la movilización masiva a que dieron lugar y por el papel que trataron de jugar en la correlación de fuerzas vigentes en sus países. Es lícito, por lo tanto, suponer que, en su aspecto más general, esos movimientos obedecieron a determinaciones que trascienden las situaciones coyunturales en que se dieron, y que no pueden, naturalmente, explicarse sino en función de factores estructurales comunes a esos países, concurriendo las condiciones nacionales específicas tan sólo para configurar la forma particular asumida por cada movimiento.

Parece, así, conveniente intentar establecer un marco general de referencias, que permita analizar, en lo particular, los movimientos estudiantiles que se dan en América Latina, presentemente. Al abocarnos a esa tarea, la naturaleza misma del fenómeno nos lleva a movernos, en un primer momento, hacia el examen de la situación educativa que priva en la región, con el fin de caracterizar el punto específico en donde se originan y a partir del cual se desarrollan los movimientos estudiantiles. En un segundo momento, trataremos de precisar las razones que impulsan a los estudiantes a rebasar la problemática propiamente educativa y a plantearse como una fuerza individualizada en el contexto más general de la lucha de clases, recurriendo a algunos ejemplos para captar las modalidades que el fenómeno asume.

#### **EDUCACION Y DESARROLLO ECONOMICO**

Entre los rasgos que caracterizan la evolución reciente de la situación educativa en América Latina, el más notable es, probablemente, la expansión cuantitativa de la matrícula. Los datos globales hablan por sí: en el período 1956-1965, la matrícula escolar aumentó en 60% a nivel primario, en 111% a nivel medio y en 92% en la enseñanza superior. Sin embargo, para hacer frente a la ampliación de servicios que estos porcentajes indican, el sistema educativo no incrementó ni elevó el nivel de sus estructuras, lo que significó que dicha ampliación fue correlativa a una baja en la eficiencia de la enseñanza. Basta con recordar que, pese a las buenas intenciones expresadas reiteradamente, el porcentaje del gasto educativo público en relación al producto nacional bruto está lejos de alcanzar la meta del 4% que los mismos gobiernos de la región se han fijado, y que se dieron incluso casos, como el de Brasil principalmente, en que dicho porcentaje disminuyó en los últimos años. Por otra parte, la estructura del gasto educativo muestra que, para el período 1955-1960, entre gastos corrientes (destinados a la administración general, sueldos del personal docente y auxiliar, etc.) y gastos de capital (edificios, equipamientos, etc.) se destinó a los primeros el 90% y a los segundos sólo el 10%, en lo referente a la educación primaria; en el nivel secundario, cuya expansión cuantitativa fue la más acentuada, la proporción fue respectivamente de 95% y 5%, para igualarse a la del nivel primario en la enseñanza superior (90% y 10%), pese a que la expansión de la matrícula fue más fuerte en ésta (1).

La contradicción es por demás evidente para no despertar la atención. Sería difícil explicarla sin recordar que la educación ha sido tradicionalmente, en la vida de los pueblos, un mecanismo de ajuste entre las aspiraciones individuales y las formas de organización so-

cial. Sin ir muy lejos en el pasado, la sociedad feudal, regida por una clase guerrera y por el clero, y basada en formas primitivas de producción, desarrolló instituciones de educación militar y teológica para las clases dominantes, al propio tiempo que, frente al desarrollo comunal, proveyó un sistema relativamente elaborado de formación profesional para las clases burguesas. En la sociedad burguesa, sometida a las leyes de producción y cambios de mercancías, y regida por una clase que basa su dominación en el liderazgo de la burguesía sobre las demás clases sociales, la práctica educativa dio lugar, por primera vez, a un sistema educativo nacional, abierto en principio a la generalidad de los ciudadanos y tendiendo cada vez más a constituirse en un instrumento regulador del mercado de trabajo.

El análisis de la evolución de los sistemas educativos europeos muestra claramente cómo la burguesía, después de un período en que, ya que la mecanización volvía innecesaria la calificación artesanal, elimina la formación profesional y, en una amplia medida, las formas de educación popular heredadas de la sociedad medieval, empezando a edificar en lo sucesivo un sistema adaptado a las necesidades de la economía capitalista. La estrecha correlación que se observa entre la expansión y la diversificación del sistema educativo, por un lado y, por otro, el proceso de industrialización y urbanización refleja un desarrollo capitalista internamente coherente.

El fenómeno latinoamericano es muy distinto. En regla general, se puede afirmar que la formación y el crecimiento del sistema educativo presenta una correlación definida con el proceso de urbanización, pero, en la medida en que éste se comporta con acentuada autonomía frente a la industrialización, la evolución del sistema educativo tiende a configurarse como una variable independiente en el marco del desarrollo de las fuerzas productivas. Ello se hace visible ya en el siglo pasado, cuando países como Argentina y Chile, que experimentaban una urbanización desproporcionada a su desarrollo económico, que se debía en parte a la tendencia urbanizante que se manifiesta en las economías ganaderas y mineras, y en parte a la influencia de la migración europea en el crecimiento demográfico, implementaron su expansión educativa a un ritmo muy superior al de países como Brasil y México, en los cuales la urbanización era menos acentuada.

La aceleración del proceso de industrialización en América Latina, a partir de los años treinta, no corrigió esa situación, sino que la agravó. La primera causa de ello se debe a las condiciones que pasan a imperar en el sector agrario. En efecto, la retracción de la demanda mundial de productos primarios, por un lado, coharta el crecimiento de las actividades vinculadas a la exportación, limitando así la absorción de mano de obra (2). Por otro lado, la propiedad monopolística de la tierra, en la mayoría de los países de la región, o, en contados casos, la implantación de sistemas minifundísticos ( resta al sector que produce para el mercado interno la flexibilidad necesaria para incrementar su oferta en ritmo compatible a la dinamización que ostenta el mercado urbano, y lo inhabilita, pues, para absorber la mano de obra desplazada del sector de exportación; más que esto, el sector del mercado interno se muestra incapaz de hacer frente al movimiento demográfico en el campo y tiende él mismo a expulsar de las actividades primarias a cantidades crecientes de mano de obra.

Las migraciones que se verifican desde el campo a la ciudad en ritmo acelerado, van a chocar, empero, con la incapacidad de la industria para crear fuentes de trabajo suficientes y con una expansión marcadamente anormal del sector terciario. En cuanto a la industria, habría que distinguir dos fases: la primera, que se extiende hasta las postrimerías de la década de 1940, en la que el crecimiento de la demanda interna es atendido prioritariamente mediante el uso intensivo de la maquinaria existente y el empleo extensivo de mano de obra, lo que conlleva un incremento moderado, pero sostenido del empleo industrial; la segunda, posterior a 1950, en la que se eleva el nivel tecnológico en el sector manufacturero y se pasa, en las ramas más avanzadas de la industria, de la utilización extensiva a la utilización intensiva de la mano de obra; con ello, pese al crecimiento de la producción, disminuye la mano de obra ocupada en el sector manufacturero, la cual pasa de 14,4 millones de personas en 1950 a 14,3 millones en 1960 (3).

Desde luego, la reducción de mano de obra industrial no constituye de por sí un rasgo distintivo de los países latinoamericanos, sino que se presenta como una característica general del sistema capitalista, en las últimas décadas. La singularidad de la situación latinoamericana se refleja más bien en dos características: la primera se refiere a que la reducción de la tasa de trabajo por unidad de producto, debida al progreso tecnológico, no se acompaña de un aumento de la masa de trabajo en las empresas, que es función de una relación estable entre la plusvalía producida y la inversión productiva (4), la segunda tiene que ver con la característica anotada respecto al sector terciario.

La población ocupada en los servicios ha aumentado de manera extraordinaria en la generalidad de los países capitalistas, pero con una diferencia en relación a América Latina: en los países desarrollados o centrales, esa población crece a partir de un punto dado del proceso de industrialización y guarda un cierto equilibrio con la población obrera, mientras que, en América Latina, estas condiciones no se dan (5). En efecto, el crecimiento del sector terciario latinoamericano tiende a comportarse en forma independiente a la industrialización, a un punto tal que acaba por desvincularse del proceso de desarrollo de las fuerzas productivas. Si añadimos a este aspecto las estructuras marcadamente monopolísticas de distribución del ingreso, concluiremos que dicho sector, además de expandirse de manera desproporcionada al incremento de la riqueza nacional, no expresa la redistribución de una parte significativa de ésta a las actividades de tipo terciario. La población del sector tiende así a marginalizarse, tanto desde el punto de vista productivo, como desde el punto de vista distributivo, es decir, en términos de empleo y en términos de consumo (6).

#### **LAS POLITICAS DE CORRECCION**

En esta perspectiva, es difícil relacionar de forma rigurosa la expansión cuantitativa que se está verificando en el sistema educativo de América Latina con los requerimientos reales que, en materia de recursos humanos, plantea el desarrollo económico. Dicha expansión parece más bien corresponder al proceso de urbanización, que como vimos, no marcha de la mano con la industrialización y menos

aún con el crecimiento del sector agropecuario. La hipótesis general que emerge de este somero análisis es la de que la *expansión educativa latinoamericana se realiza a contracorriente del desarrollo de las fuerzas productivas, tal como se verifica éste en el marco de las estructuras económicas y sociales vigentes, y aún más, que la contradicción existente entre los dos fenómenos, al revés de atenuarse, tiende a un agravamiento.*

Conviene señalar aquí que el factor que determina esa situación es compartido por la generalidad de los países capitalistas, y constituye un rasgo inherente al sistema; lo que singulariza la región latinoamericana es la forma específica en que él actúa. En efecto, la aceleración del desarrollo tecnológico que caracteriza al sistema capitalista mundial, actualmente, acentúa cada vez más la tendencia del mismo a desplazar masas crecientes de trabajadores en beneficio de la máquina. Los avances logrados en el campo de la electrónica y de la automatización aparecen como una inversión de la orientación que marcó la tecnología fabril en su inicio: de la disgregación de las operaciones que componían los procesos de producción dominados por el artesano y su transferencia a la máquina, cuando se podían confiar entonces a trabajadores desprovistos de calificación, se ha pasado a la reunión de operaciones en conjuntos mecánicos automatizados, los cuales, manteniendo la tendencia a la eliminación de mano de obra, requieren, sin embargo, de una fuerza de trabajo altamente especializada para su manipulación. El impulso que gana hoy la enseñanza técnica representa así la contrapartida rigurosa de la supresión de la formación profesional llevada a cabo por la burguesía en su fase de descenso; por otra parte, la exigencia de una formación científica cada vez más amplia que se requiere del personal técnico, con el fin de que pueda enfrentarse a los frecuentes cambios tecnológicos, y el desdoblamiento de los niveles de enseñanza, con las carreras subprofesionales y los cursos de postgrado, muestran que los sistemas educativos tratan de atender a la doble característica que presentan los requerimientos de recursos humanos en la sociedad burguesa contemporánea: *selectividad y sofisticación*. Esas características se extienden también a las carreras no técnicas, de donde sale el personal de administración, los asistentes psicotécnicos, los sociólogos industriales, los expertos en economía, exigidos por la moderna empresa capitalista.

Ahora bien, el hecho de que las economías más avanzadas puedan absorber en cierto grado las cantidades crecientes de personal calificado que egresa de las Universidades, de los Institutos tecnológicos y de las escuelas técnicas en función de un conjunto de factores, entre los que se destacan: a) la alta productividad que presenta ahí la mano de obra, o sea, la elevada masa de plusvalía obtenida; b) la explotación llevada a cabo en los países subdesarrollados, que permite drenar hacia tales economías tajadas significativas de la plusvalía que éstos producen, y c) el poder de discusión de las masas asalariadas en sus reivindicaciones de empleo y de salario. Ninguna de estas tres condiciones se verifica en América Latina. A excepción de una reducida capa de personal altamente calificado, que se da a nivel tanto de los egresados de la enseñanza superior como de las escuelas medias y conforma un sector privilegiado de corte tecnocrático, la inmensa mayoría de la masa que el sistema educativo lanza

anualmente al mercado de trabajo encuentra dificultades para ubicarse profesionalmente y, cuando lo logra, lo hace en condiciones de empleo y de salario muy desfavorables. Es significativo, al respecto, observar que la proporción de tres técnicos medios por cada ingeniero, que se considera un promedio normal para el conjunto de la industria (aunque pueda variar esa proporción de acuerdo al sector), no se da en un solo país latinoamericano, habiendo casos, como el de México, en que la proporción es rigurosamente inversa, lo que indica claramente que el ingeniero se ve forzado a desempeñar funciones de técnico medio, y se remunera como tal.

Frente a esto, cabe preguntarse cómo se mantiene la tendencia del sistema educativo latinoamericano. La respuesta más general es la de que ello se debe a la presión de las masas ciudadanas, principalmente los sectores medios, en su lucha para alcanzar la calificación necesaria para integrarse al sistema productivo; se trata en suma de una solución política, sin relación directa con las exigencias propias al sistema económico. Ya se observa, empero, en la región, principalmente en los países que presentan un mayor grado de desarrollo económico, el esbozo de políticas educativas tendientes a cambiar esa situación.

El caso más notorio es el de Brasil, en donde, después del golpe militar de 1964, el Gobierno concertó acuerdos con la USAID, destinados a establecer las bases de la reforma universitaria. Los estudios realizados por la comisión mixta que se creó, a raíz de esos acuerdos, no recibieron divulgación oficial, pero se reflejaron en la política gubernamental, que no sólo restringió el gasto educativo público, sino que se inclinó hacia esquemas de financiamiento del sector privado a la enseñanza superior, que se harían posibles gracias a la conversión de las instituciones públicas de enseñanza en fundaciones privadas, así como la supresión de la gratuidad de matrícula. Estos puntos de vista han sido sistematizados por Rudolph Atcon, experto de la UNESCO, quien fungió como asesor de universidades brasileñas (además de haber desempeñado funciones similares en Chile y otros países de la región), cuyo libro *Rumbo a la reformulación estructural de la Universidad brasileña* defiende abiertamente la tesis de que "la Universidad es una gran empresa y no una oficina pública". La oposición a planteamientos de este tipo y a medidas oficiales congruentes con ellos han sido uno de los factores más efectivos de movilización del estudiantado brasileño, cuyas manifestaciones callejeras violentas, en 1968, llevaron al gobierno a no renovar el acuerdo con la USAID, terminado en junio de ese año.

Pero no sólo en el Brasil se ha afirmado esa tendencia. En su informe al Congreso de 1966, el Presidente de México, Gustavo Díaz Ordaz, manifestó que "por el intenso desarrollo de nuestro sistema educativo, la demanda tiende a rebasar considerablemente las posibilidades (presupuestarias) de los gobiernos federal, estatales y municipales", razón por la cual "la educación superior no puede ser prácticamente gratuita"; por otra parte, consideró oportuno que "aportaciones privadas" se sumarán al esfuerzo gubernamental en ese terreno. En Argentina, cuna de la reforma universitaria latinoamericana, el gobierno militar del general Juan Carlos Onganía revocó las prerrogativas de autonomía universitaria y de co-gobierno estudiantil de que gozaban los universitarios. En septiembre de 1968, la Federa-

ción Universitaria Argentina (FUA) denunció el proyecto gubernamental de reducir la población universitaria de 70.000 a 15.000 estudiantes y, pese al desmentido oficial los exámenes vestibulares se hicieron más rigurosos, registrándose el caso de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, en cuyo examen de ingreso se reprobó al 75% de los aspirantes, con pruebas que, según aclaraciones de los padres de familia, presentaban un tenor muy por encima del nivel de conocimientos de que disponen los egresados de la enseñanza media. Finalmente, recordemos el caso del Perú, en donde, tras el golpe militar que destituyó al Presidente Belaúnde Terry, el nuevo Ministro de Educación, general Alfredo Arrisueño, anunció un corte de treinta a cuarenta por ciento en la partida presupuestaria destinada a la educación superior.

No se podría legítimamente atribuir estos hechos a una tendencia obscurantista que estuviera abriéndose paso en América Latina. En una cierta medida, interfieren ahí preocupaciones de orden político, lo que equivale a decir que la compresión que se realiza sobre las universidades y el deseo de reducir sus efectivos son una manifestación de la lucha de clases en la región y, más concretamente, un intento de desarticular uno de los sectores más organizados y combativos de la población; esas preocupaciones son sobre todo visibles en la intervención norteamericana en la vida universitaria latinoamericana, la cual se canaliza a través de la USAID, del BID, de la OEA, del Pentágono y de fundaciones privadas. Pero más importante parece ser la intención de adecuar la enseñanza a las exigencias del sistema económico en materia de recursos humanos, tomando como punto de partida las características que éste presenta y haciendo a un lado el divorcio que se verifica entre esas características y las necesidades de las grandes masas latinoamericanas en lo referente a empleo y consumo.

Este punto es decisivo para entender por qué el movimiento estudiantil latinoamericano se orienta hacia una definición ideológica contraria al sistema imperante en la región. Si la expansión cuantitativa experimentada por la matrícula escolar en los años recientes, principalmente a nivel medio y superior, permite movilizar a contingentes siempre mayores de estudiantes, confiriendo a los movimientos estudiantiles *el carácter masivo* que los distingue en la presente década, la contradicción entre esa expansión y la tendencia del mercado de trabajo, constituye la base objetiva a partir de la cual se plantea esa *definición ideológica*, implicando en un proceso de formación que amenaza naturalmente con desembocar en la proletarianización o en el desempleo, el estudiante latinoamericano toma poco a poco conciencia de que sus reivindicaciones académicas no pueden encontrar solución en el marco económico en que se mueve y, aún si esto se pudiese dar, la atención a las mismas no constituirá una solución a su problemática profesional. La lucha por el cambio de estructuras se le impone, pues, como una necesidad y lo conduce a plantearse con firmeza cada vez mayor en el terreno mismo de la lucha de clases.

En consecuencia, por imprecisa que sea, a veces, la formulación de sus objetivos, los movimientos estudiantiles latinoamericanos ya no constituyen hoy día una simple masa de maniobras, que éste o aquél sector de las clases dominantes puede movilizar, como en el pasado,

en función de problemas sociales generales y de consignas reformistas abstractas. Por el contrario, presentan una creciente autonomía en su estructuración y en su motivación ideológica, y apuntan hacia cambios estructurales que ponen en tela de juicio de validez del sistema económico, social y político vigente. La magnitud de las tareas que se proponen acaba, sin embargo, por forzar a las estudiantes a darse cuenta de que su acción es impotente para hacerlas efectivas y los lleva a buscar el apoyo de aquellas fuerzas capaces de aceptar y, más que esto, de operar la gran transformación a la que aspiran: las masas trabajadoras de la ciudad y del campo. Es como, al propio tiempo en que se definen como una fuerza organizada autónoma, los estudiantes se orientan ideológicamente hacia una identificación con el otro polo de la sociedad explotadora de América Latina y convierte lo que era un ideal —la alianza con los obreros y los campesinos— en un imperativo estratégico.

### **LOS ESTUDIANTES EN LA LUCHA DE CLASES**

Las formas que asume ese proceso de automomización e identificación varían considerablemente, de acuerdo al grado de desarrollo de las fuerzas productivas y de agudización de las contradicciones de clase en los diferentes países, siendo condicionadas además por los niveles de organización alcanzados por las fuerzas en pugna. Así, en Venezuela o en Colombia, el movimiento estudiantil se inclina francamente hacia la alianza con el campesinado, las clases medias o el subproletariado urbano, más que con el proletariado fabril, y se aboca en consecuencia al papel dirigente en la conducción de las luchas populares. En Argentina o en Uruguay, países más industrializados, en que la clase obrera aparece necesariamente como el punto de convergencia de la lucha de clases, es la alianza obrero-estudiantil la que se plantea en primer término. Esa dislocación de alianzas se acompaña de una concepción más realista sobre el papel que cabe al estudiantado en la lucha de clases, es decir, el de ser un agitador de problemas y una fuerza auxiliar en la organización de las masas para las grandes batallas.

Hasta qué punto la correlación de fuerzas en el marco de una lucha de clases nacional determina el carácter que asume el movimiento estudiantil es lo que nos indica una apreciación somera del mismo en los países más industrializados de la región: Argentina, Brasil y México. En este último, la contención sistemática, y a veces brutal, de los movimientos de masas, en particular de la clase obrera, no permitió a los estudiantes un sólido punto de referencia para el movimiento desplegado en 1968. Las manifestaciones callejeras, copadas por la masacre del 2 de Octubre, en Tlatelolco, y la actuación de las brigadas de lucha han tendido a suscitar una movilización masiva de la opinión pública en contra del régimen, lo que se logró en una amplia medida, pero no pudieron desembocar en la estructuración de un movimiento de masas capaz de resistir a la represión gubernamental.

Pese a que algunos dirigentes más lúcidos estaban conscientes de que sólo la intervención de la clase obrera podría hacer factible la continuidad de la lucha estudiantil y ampliar la repercusión del movimiento a escala nacional, no se ha podido encontrar en México el esquema ideológico y organizativo capaz de atraerse a las bases obreras, carentes de dirección propia, e incapaces por ello de tomar

la iniciativa. En la práctica, pues, los estudiantes se plantearon menos la transformación radical que la reforma del régimen, y se derivaron hacia la movilización de sectores de clase media y de la población marginal urbana, asumiendo la posición dirigente. Con ello, no tuvieron mayores posibilidades de resistencia cuando el contra-ataque del gobierno, que provocó la retracción del movimiento inorgánico que se había gestado.

En Brasil, el desmonte de las directivas de masa a que procedió la dictadura militar, implantada en 1964, obtuvo mayor éxito junto al movimiento obrero, que recién empezaba a organizarse autónomamente, que junto al sector estudiantil, el cual disponía de un organismo independiente del gobierno y probado en diferentes circunstancias, la Unión Nacional de Estudiantes (UNE). En el marco del movimiento popular, los estudiantes fueron, por lo tanto, la primera fuerza a reaglutinarse y a pasar a la acción política, proceso que culminó con las manifestaciones de mediados de 1968. La existencia de un numeroso sector obrero, que daba ya los primeros pasos en el sentido de reorganizarse a partir de la base, condujo a los dirigentes a plantearse como consigna la alianza obrero-estudiantil, pero el desfase en el grado de organización de ambas fuerzas los llevó a reservarse durante un cierto plazo el papel más dinámico en la coalición. Ello se ve claramente en las declaraciones de uno de sus dirigentes más prestigiosos, Vladimir Palmeira, quien, en el auge del movimiento, señalaba como objetivos del mismo la derribada de la dictadura militar y el establecimiento de "un gobierno popular que podría aproximarse en sus concepciones al régimen cubano", más, luego de insistir en la necesidad de contar con la clase obrera, añadía: "La organización de las masas obreras demandará muchos años de trabajo, para que puedan actuar eficientemente cuando llegue la hora" (7).

El movimiento estudiantil argentino, por su parte, fue el único sector realmente hostil al gobierno militar de 1966, en su primera fase: los sindicatos obreros aceptaron a éste, conservando, sin embargo, en lo esencial, su capacidad organizativa. A diferencia de lo que pasó en Brasil, la FUA no presentaba la solidez de estructura y la combatividad de la UNEB, llevando a que la masa estudiantil tuviera que buscar otra salida para su actuación. Esta le fue proporcionada por los sectores obreros más heridos por la política económica del gobierno, como, por ejemplo, los trabajadores azucareros de Tucumán; al propio tiempo, los estudiantes se daban organismos de base, en el mejor de los casos con ámbito provincial, que suplían la ineficiencia de la FUA. Ambas tendencias convergieron en las manifestaciones de 1969, a un año de diferencia en relación a las de Brasil y México. La FUA se ha visto totalmente rebasada en el curso de los acontecimientos, en virtud de la mayor autoridad adquirida por los órganos locales, pero, simultáneamente, el carácter limitado de éstos hizo depender de la movilización obrera la extensión del movimiento al plano nacional. Es significativo que, a partir del momento en que dicha movilización se dio, engendrando una acción conjunta obrero-estudiantil sin precedentes en ningún otro país, la dinámica del proceso quedó totalmente bajo la iniciativa de los trabajadores.

Las experiencias disímiles que reseñamos, tienen en común las características ya señaladas para el actual movimiento estudiantil en América Latina —movilización masiva y radicalización ideológica—

pero indican claramente que, del mismo modo como esas características no se entienden independientemente de la forma cómo se desarrollan las fuerzas productivas en los países de la región, el comportamiento de los estudiantes como fuerza política es una variable que se da en el marco concreto de las luchas de clase nacionales. En último término, *los problemas a que se enfrenta el movimiento estudiantil para realizarse como factor de transformación social encuentran su solución más allá de él, es decir, en las condiciones de organización y de actuación que privan en el movimiento obrero.* Es en la medida en que éste se estructura y se radicaliza, que el sector estudiantil se ajusta a la función que le cabe en la lucha política y adquiere el agrado de efectividad a que aspira.

El afirmar que la realización histórica del movimiento estudiantil trasciende la situación que le es propia, no implica, sin embargo, subestimar la importancia de su papel político ni mucho menos presumir que no le incumben tareas particulares, que tienen que ver con su mismo desarrollo. Bien al contrario, ello conduce a precisar el sentido de su actuación, que no puede ser otro que el de un sector específico del movimiento revolucionario de las masas explotadas, y a vincular las tareas que se le plantean a los rasgos que ha afirmado en su evolución reciente, tal como la analizamos anteriormente.

Así, el carácter masivo que ha asumido el movimiento conlleva una problemática organizativa más compleja que la que presentó en el pasado, la cual se orienta hacia un cambio radical en las relaciones existentes entre su vanguardia y sus bases. Las viejas formas de organización adoptada por las directivas estudiantiles, en la fase en que representaban los intereses de bases limitadas, se rompen inevitablemente cuando éstas se dilatan y modifican su composición, en virtud de la diferenciación de los grupos sociales en que reclutan. Se vuelve entonces imprescindible contar con esquemas organizativos capaces de incorporar las amplias masas que convergen hacia los colegios y las universidades, así como de impulsarlas hacia una participación creciente en la acción práctica. En consecuencia, la responsabilidad de la vanguardia deja de ser la de actuar en nombre del movimiento, para convertirse en la de *movilizarlo orgánicamente* y proporcionarle una *dirección política*.

El contenido de esa dirección política, que opera dialécticamente en la capacidad de movilización de las bases, no se define en abstracto, sino que se establece en *función de los factores que han concurrido para la radicalización del estudiantado en los últimos años.* En este sentido, desempeña papel relevante la cuestión académica, a partir de la cual tiene origen esa radicalización, y que se cristaliza en la contradicción existente entre las reivindicaciones de las clases populares y medias, encaminadas a ampliar y a mejorar el sistema educativo, y los intereses de los grupos dominantes en una educación cada vez más restringida y selectiva; pero influye también decisivamente la contradicción más general que aquélla expresa, es decir, el divorcio entre las tendencias naturales del sistema económico, que llevan a la marginalización progresiva de sectores crecientes de la población, y las necesidades de las grandes masas en materia de empleo y de consumo, contradicción que, como señalamos, es responsable de que el estudiantado desplace su ámbito de actuación para el terreno de la lucha de clases.

Al aportar una respuesta válida a los problemas organizativos e ideológicos que enfrenta, el movimiento estudiantil podrá llevar a cabo una política correcta, tendiente a evitar que las luchas populares queden supeditadas al juego de las circunstancias y al grado espontáneo de efectividad existente en los varios sectores que en ellas intervienen. Regimentando sus fuerzas en una perspectiva claramente revolucionaria y forjando un frente unido con las clases trabajadoras, los estudiantes estarán de hecho haciendo lo suyo en la tarea de abrirles a éstas las posibilidades de triunfo que las luchas de hoy contribuyen a crear, pero no son todavía capaces de afianzar.

Julio, 1969.

## NOTAS

- (1) Datos obtenidos de UNESCO, **World Survey on Education**, tomo II, (1950) III (1961) y IV (1966).
- (2) Esto se deberá también, aunque en menor medida, y en período posterior, a la introducción de técnicas de producción destinadas a defender la capacidad competitiva de la producción latinoamericana en el mercado mundial.
- (3) Cifras obtenidas de Z. Slawinski, "Los cambios estructurales del empleo en el desarrollo de América Latina", **Boletín Económico de América Latina**, X-2, Octubre de 1965, p. 164.
- (4) Pese a que, entre 1940 y 1950, la masa trabajadora empleada en actividades manufactureras no disminuyó, sí declinó en términos relativos su participación en la ocupación, de tal manera que dicha participación pasó de 32,5% en 1940 a 26,8% en 1970, de acuerdo a estudios hechos por la CEPAL para nuevos países latinoamericanos (Argentina, Brasil, Colombia, Chile, Ecuador, Honduras, México, Uruguay y Venezuela). Sin embargo, la misma CEPAL anota que la declinación de la participación relativa del empleo manufacturero no se hubiera dado si, al revés de aumentar a una tasa media acumulativa anual de 3,8% el producto industrial hubiera crecido a una tasa de 4,9%, la cual, siendo la mínima requerida para mantener el mismo nivel relativo del empleo, habría permitido al sector absorber 2 millones de personas más, CEPAL, **El proceso de industrialización en América Latina**, mimeografiado, vol. I, pp. 79-79.
- (5) Una comparación de estructuras ocupacionales muestra que los porcentajes de población para los sectores secundario y terciario eran, respectivamente, en EE. UU., de 25-25 en 1880, 27-35 en 1900 y 37-50 en 1960; en Inglaterra, de 50-37 en 1881, de 51-40 en 1900 y de 49-46 en 1951; en Francia, de 29-20 en 1886 y de 37-35 en 1954; sin embargo, en 1960, la relación era de 21-57 en Argentina, de 17-58 en Chile, de 12-56 en Venezuela, de 13-35 en Brasil, de 17-30 en México y de 15-31 en Perú. F. H. Cardoso y J. H. Reyna, **Industrialización, estructura ocupacional y estratificación social en América Latina**, versión preliminar, 1966, mimeografiado, pp. 15-17.
- (6) Los elementos para analizar el sector terciario en América Latina, en cuanto a su estructura ocupacional y a su composición social, son escasos. Algunos autores señalan, sin embargo, que la desocupación disfrazada en dicho sector "es notoria en los renglones "servicios varios" y "actividades no especificadas"; en ellos teóricamente se ocupan circa de 10 millones de personas (alrededor del 15% de la fuerza de trabajo) y han sido, prácticamente, los únicos renglones cuya productividad ha bajado entre 1950-1960". F. H. Cardoso y J. J. Reyna, **op. cit.**, p. 28
- (7) Entrevista a la AFP, 11-VII-1968

EST A  
R E V I S T A  
S E T E R M I N Ó  
D E I M P R I M I R E N L O S  
T A L L E R E S D E L A I M P R E N T A  
U N I V E R S I D A D D E C O N C E P C I Ó N  
N.º 2 D E N O V I E M B R E D E 1 9 7 0

